

Una historia de Amos Oz¹

Camilo Castillo R.*

Una historia de amor y oscuridad (2002)² del escritor israelí Amos Oz, es un compendio de 63 capítulos, número que corresponde con la edad del escritor en el momento de ser finalizada la obra, en los que Oz lee y escribe desde la distancia que ha concedido el paso del tiempo sobre su propia historia. Este libro se presenta no solamente como el relato de los acontecimientos más importantes en la vida del niño y joven Oz, sino como la enorme empresa de rasgar, indagar y desentrañar los recuerdos propios, las imágenes de sus seres queridos, para poder contar en casi 800 páginas la rememoración del país de su infancia y la historia de su familia y sus complejas relaciones.

La novela, a la que Oz insiste en diversas entrevistas en verla más como un cuento

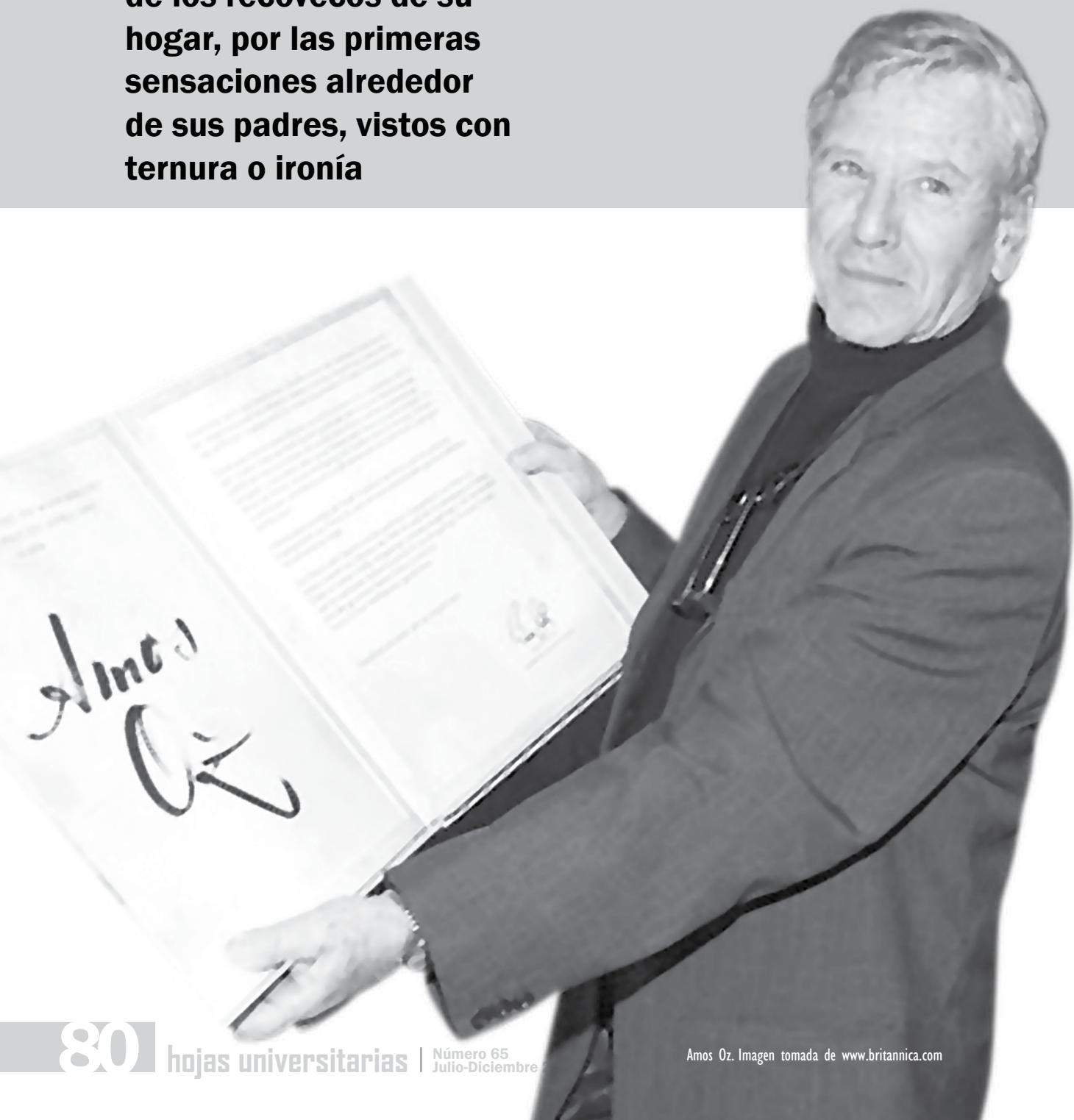
o una fábula, es un texto repleto de diversas formas narrativas entremezcladas en una gran complejidad, caracterizando el libro como un verdadero híbrido literario. En el libro se pueden ver claramente elementos de autobiografía, de memorias, de pequeños cuentos de hadas, de relatos contados por personajes que deambularon por la vida del escritor y que, atravesando su pluma, hablan en primera persona y dicen con sus propias palabras aquellas sensaciones o recuerdos que se van tejiendo para crear el pasado. Además hay poemas, extractos de cartas y diversas citas bibliográficas que se proponen en medio de la narración delicada del israelí y que entretienen este complejo mundo. El mismo Oz señala que en la escritura del libro se sentía “el Tom Sawyer o el Huckleberry Finn de la historia (...). Para mí fue

1 Amos Oz (originalmente Amos Klausner, pero decidió cambiar su apellido a Oz, palabra que en hebreo significa “fortaleza”) nació en Jerusalén en 1939. Estudió literatura y filosofía en la Hebrew University. Vivió en el Kibutz Hulda durante veinticinco años y allí escribió su primera novela *Mi querido Mihail* (1968), a escondidas, en el baño de su pequeña habitación, en las noches, después de la dura jornada del trabajo de campo. Además de novelista es ensayista, columnista y es reconocido por ser un crítico de la forma en que su país ha establecido sus relaciones con Palestina y por ser una persona comprometida con la finalización del conflicto árabe-israelí. Entre sus novelas se cuentan: *Tocar el agua, tocar el viento* (1973), *Un descanso verdadero* (1982), *La caja negra* (1987), *La tercera condición* (1991), *No digas noche* (1994), *Una pantera en el sótano* (1995), *El mismo mar* (1998), *Una historia de amor y oscuridad* (2002) y *Versos de vida y muerte* (2007). Entre sus ensayos más reconocidos están *Contra el fanatismo* (2002). Su obra y talento literario lo han hecho merecedor de distinguidos premios internacionales como el Goethe (2005), el Premio Israelí de Literatura (1998) o el Príncipe de Asturias de las Letras (2007).

2 Amos Oz. Traducción de Raquel García Lozano. Bogotá, D.C., Ediciones Siruela, 2004- Random House Mondadori, 2009, 775 páginas.

* Docente del Departamento de Humanidades y Letras de la Universidad Central.

El autor en estos primeros episodios lleva al lector de la mano por la intimidad de los recovecos de su hogar, por las primeras sensaciones alrededor de sus padres, vistos con ternura o ironía



como navegar a solas en una balsa sobre el río Mississippi, excepto que era un río hecho de libros, y palabras y relatos y cuentos históricos y secretos y separaciones”³.

En la portada del libro aparecen sus padres y él en una fotografía en sepia en la que el niño Oz posa muy erguido y con un saco de botones gruesos muy bien apuntados, con sus cabellos rubios muy bien peinados y su mirada seria hacia el lente. Su padre, Yehuda Arie Klausner, usa unos lentes de marco redondo que ocultan un poco su mirada, con saco, corbata y un cuidadoso peinado, conservando la misma seriedad de su hijo; mientras su madre, Fania Mussman en medio de los dos, finamente arreglada, sonríe misteriosa, mientras su mirada parece perdida en un lugar lejano. En ese color sepia y en esas miradas se encuentra el punto de partida, el origen de esta historia en la que Oz trata de ver a sus padres, ya sin la rabia que había sentido por ellos durante años, despojado del dolor por la muerte de su madre y por cómo su padre reaccionó a ésta.

Los padres de Oz, al igual que sus abuelos, venían de una realidad avasalladora, escapaban del crecimiento del nazismo del Este de Europa, dejando en su tierra, su prestigio, su educación y condiciones económicas favorables para empezar su vida en una nueva nación, un diminuto hogar en medio de un desierto que poco se parecía a aquellas montañas verdes, ni a las ciudades cuidadosamente construidas.

En los primeros capítulos Oz narra cómo en el espacio del pequeño apartamento, la familia Klausner empezó su compleja vida en Jerusalén. El autor en estos primeros episodios lleva al lector de la mano por la intimidad de los recovecos de su hogar, por las primeras sensaciones alrededor de sus padres, vistos con ternura o ironía. Además, transita a través de esos corredores, por su habitación y sus juegos, por la sala que en las noches era también dormitorio de sus padres, la cocina, el pequeño patio y por aquella biblioteca inmensa en la que su padre coleccionaba libros en diversos idiomas y

cómo la presencia de los libros también marcó su relación con la literatura.

En los siguientes capítulos Oz empieza a hablarnos en detalle de la familia Klausner. Aquí aparece su tío abuelo Yosef Klausner, un referente definitivo no sólo para él sino para la familia en general, visto también como uno de esos fundadores del país. En seguida dedica varios capítulos a su abuela Shlomit, una mujer obsesionada por la limpieza, y el abuelo Alexander, un hombre de ideas soñadoras y de derecha, pero que al final de su vida pudo encontrar la paz al encontrar en la belleza de las mujeres. Luego aparece Arie, ese hombre dicharachero que no resistió el silencio y que era capaz de leer en dieciséis idiomas y de hablar al menos en seis. Su padre se presenta como un hombre cargado de disciplina férrea y un fascinante amor por los libros y las palabras. Sin embargo, él no pudo tener un cargo más que de bibliotecario y no pudo enseñar en la universidad, aún teniendo unos altos títulos. Y esa falta de prestigio y de reconocimiento pesó en su familia.

Estos capítulos los Klausner son una muestra del estilo cálido de Oz, de la cercanía y estrecha elaboración con la que las memorias se van entrelazando. Es vital cómo se configura la propia vida del autor al encontrar reflejos de los Klausner en sí mismo.

A continuación vienen los capítulos dedicados a los Mussman, desde el siglo XVIII hasta llegar a sus abuelos, sus tías y su mamá, sus abuelos sus dos tías. Allí se encuentra una variedad de historias de Rovno, de donde es la familia, y de los recuerdos en Ucrania, que a veces son narrados por la voz divertida de la tía Sonia, quien parece tomar la pluma de Oz y cuenta en primera persona la percepción de su realidad y sus recuerdos. Son episodios estupendos en los que se encuentran personajes cargados de un ambiente fantástico de aquella Europa añorada.

En estos capítulos empiezan a desprenderse la figura de su madre, Fania Klausner, desde ese pasado remoto, alejado y relatado casi como los cuentos de hadas enrevesados que ella misma

3 David Remnic. 2 “The spirit level” En *The New Yorker*. Noviembre 8 de 2004. http://www.newyorker.com/archive/2004/11/08/041108fa_fact?currentPage=all. La traducción es mía.

le contaba. Pronto se percibe la frustración angustiosa de su madre al dejar la vida académica, su vida intelectual para casi entregarse a la vida familiar y, terminar deprimida, suicidándose al haber renunciado a su vida para entregársela a su esposo y a su hijo.

Estos episodios son por momentos profundamente dolorosos, cargados de una sensación dura, rasposa, pero que de pronto se ven filtrados por un instante bello o una descripción acertada, un momento cómico, una ironía. Se logra aceptar el sufrimiento sobre todo por la calidad estética y la cuidadosa elaboración de frases que Oz nos concede.

Luego vienen los capítulos de la memoria del Oz niño, de su mundo. Sus maestros, las escuelas a las que asistió y aquellos detalles que lo fueron afirmando en el mundo hasta antes de irse a un kibutz, un par de años después de la muerte de su madre.

Entonces viene Israel con toda su presencia: la aparición de la nación y las relaciones con árabes y británicos. En estos episodios encontramos la remembranza de esas primeras instancias en las que su país estaba surgiendo y de cómo el temor, la ansiedad, la idea de nación era una corriente que atravesaba la identidad de todos aquellos judíos de diferentes nacionalidades pero que tenían el idioma hebreo como un lazo para encontrarse. Allí se ve esa nación que nació de

una confrontación y que continúa en una guerra que parece no tener fin.

Los últimos capítulos son de la partida del joven Oz hacia el kibutz y de cómo alejarse de su familia, después del terrible suicidio de su madre, le permitió casi reestablecerse. Pero las memorias y la historia de su familia, sobre todo el impactante suicidio de su madre, ya habitaban su mente y su deseo de escribir y son elementos que recorrerán toda su obra.

La muerte de la madre cruza como una espada todo el texto. Es una búsqueda incesante por una respuesta que no va a llegar y que el narrador ahora la ve con calma, pero sin una total resolución. El episodio en que relata su muerte es abrumador. Más adelante recordará esa época como la peor de su vida, pues su casa estaba polvorienta, sucia, deshecha. Muchos años después el ya adulto Oz, decidió volverse obsesivamente ordenado, pues el desorden le recordaba esos días en los que su padre y él quedaron devastados por la muerte de la madre y esposa.

Todo el libro, además, está atravesado incesantemente por la presencia de la lectura y la escritura en la vida de Oz. El episodio, por ejemplo, en el que descubre que la palabra oso (דוב) de derecha a izquierda es una estaca, un clavo y una cueva, es sencillamente espléndido; o cuando menciona que quería ser libro porque le parecía que así estaba en paz; o ese hermoso episodio en que relata que escribe en una mesa como la de su padre y que su trabajo es como el de un relojero, pues escoge las palabras o las frases con pinzas, las acomoda, las revisa, las inserta, espera y después de volver a revisarlas encuentra si funcionan o no; o ese increíble episodio en el que revela que la lectura de Sherwood Anderson cambió su vida como escritor, porque después de leerlo se dio cuenta que las historias podían ser sobre la gente normal y de sus secretos; o... hay cientos de episodios y detalles por contar.

Es un libro profundo, intenso, con un trabajo impecable del lenguaje y un tono tierno, nostálgico y vital, a la vez. Sin duda cada lector encontrará un episodio significativo. Quizás la lectura de Amos Oz le recuerde un poco sus escritos, sus lecturas, su familia, su país. ■

La muerte de la madre cruza como una espada todo el texto. Es una búsqueda incesante por una respuesta que no va a llegar y que el narrador ahora la ve con calma, pero sin una total resolución